

## EL SABIO IMPASIBLE: LA ÉTICA DE SPINOZA EN FICCIONES CONTEMPORÁNEAS

### THE IMPASSIVE SAGE: SPINOZA'S ETHICS IN CONTEMPORARY FICTIONS

Álvaro Ledesma de la Fuente  
Universidad de La Rioja

#### ABSTRACT

This article provides an exposition of Spinoza's philosophy, particularly focusing on the consequences of his ethical proposal, which recommends dispensing with the affections of fear and hope. We will discuss this model by analyzing two fictional literary characters who meet this condition: Bran Stark from the fantasy saga *A Song of Ice and Fire* and Dr. Manhattan from the comic *Watchmen*. Following an introduction to Spinoza's philosophy, we will justify the choice of these characters and subsequently develop the outcome of this ethical standpoint. Finally, we will outline some problems that arise when implementing this attitude without fear or hope, which characterizes the spinozian sage.

**Key words:** Spinoza; Ethics; Fantasy; Affections; Fictions.

## RESUMEN

Este artículo ofrece una exposición de la filosofía de Spinoza, en especial acerca de las consecuencias de su propuesta ética, en la que se recomienda prescindir de las afecciones del miedo y la esperanza. Vamos a comentar este modelo analizando dos personajes de ficción literaria que cumplen con esta condición: Bran Stark, de la saga de fantasía *Canción de hielo y fuego* y el Dr. Manhattan, del cómic *Watchmen*. Tras una introducción a la filosofía de Spinoza, justificaremos la elección de estos personajes, para desarrollar después el resultado de esta postura ética. Por último, esbozaremos algunos problemas que surgen al poner en práctica esta actitud sin miedo ni esperanza que caracteriza al sabio spinoziano.

**Palabras clave:** Spinoza; Ética; Fantasía; Afectos; Ficciones.

Fecha de recepción: 3 de septiembre de 2023.

Fecha de aceptación: 10 de octubre de 2023.

**Cómo citar:** Ledesma de la Fuente, Álvaro (2023): « El sabio impasible: la ética de Spinoza en ficciones contemporáneas», en *Actio Nova: Revista de Teoría de la Literatura y Literatura Comparada*, 7: 281-301.

DOI: <https://doi.org/10.15366/actionova2023.7.012>

¿Quién crea el mundo? Quizás el mundo no se crea. Quizás nada se crea. Tal vez, simplemente, el mundo siempre está, ha estado y estará ahí.  
Alan Moore, *Watchmen*.

## 1. INTRODUCCIÓN: EL SABIO CAUTO

Baruch Spinoza (Ámsterdam 1632 - La Haya 1677) es uno de los racionalistas más estudiados por parte de la tradición de la filosofía contemporánea. Quien fuera demonizado y prohibido tras su muerte en el siglo XVII ha tornado siglos después en el interlocutor por excelencia de metafísica antagonista de la modernidad heterodoxa, aquella que discurre por un sendero distinto al de las claridades cartesianas. La filosofía de Spinoza se erige como la voz del racionalismo más críptico y sistemático, y continúa siendo objeto de análisis variados a través de la ontología, la política o la teoría ética. Han contribuido a ello sus comentaristas contemporáneos: desde el renacimiento de los estudios spinozianos en el siglo XX de la mano de Carl Gebhardt hasta la reactualización política de Antonio Negri en *La anomalía salvaje* de 1981, pasando por las investigaciones de Stuart Hampshire, Pierre Macherey, Gilles Deleuze, Steven Nadler, Atilano Domínguez, Vidal Peña o Gabriel Albiac, entre otros.

La atracción por la filosofía de este judío desterrado, pulidor de lentes de oficio y filósofo de vocación, se debe a lo singular de su planteamiento. Spinoza construye un paradigma determinista y panteísta que informa toda la realidad como una única sustancia, que se identifica alternativamente como Dios o la naturaleza. Indica también que la extensión y el pensamiento, piedras angulares de la metafísica de la modernidad desde Descartes, son los dos únicos atributos que componen esta totalidad *dei sive natura*: «el Ente eterno e infinito, al que llamamos Dios o Naturaleza, obra por la misma necesidad con que existe. [...] Pues la razón o la causa por la cual Dios o la naturaleza obra y por la cual existe es la misma» (Spinoza, 2014: 178). Esta teología monista y panteísta se complementa con una rigurosa cartografía de las pasiones, que Spinoza, a la sazón del método matemático, analiza como si fueran líneas y planos, inspirándose en *Elementos* de Euclides. Pretende así desvelar las leyes de la naturaleza y liberar al hombre<sup>1</sup> de sus lastres, ya provengan de una comprensión inadecuada de la divinidad, de la esclavitud de los afectos o de la

---

<sup>1</sup> Spinoza se refiere siempre al ser humano varón, sin atisbo alguno de crítica hacia el prejuicio androcentrista de la época. En *Tratado político* solo concede derechos civiles a los hombres, pues asume que en la política únicamente deben intervenir los ciudadanos *autónomos*, es decir, ni mujeres, ni niños, ni pupilos, al estar estos bajo la potestad de otros varones (Spinoza, 2004: 245).

imposición de la política. De ese modo, se posiciona contra los apóstoles del miedo y la esperanza, bien sean fuerzas políticas o religiosas, que manipulan con la superstición para perpetuar su dominio ilegítimo de la potencia común de la ciudadanía. En el tercer libro de *Ética demostrada según el orden geométrico* define con precisión ambos afectos: «La esperanza es una alegría inconstante nacida de la idea de una cosa futura o pretérita de cuyo suceso dudamos hasta cierto punto», y poco después: «El *miedo* es una tristeza inconstante, nacida de la idea de una cosa futura o pretérita, de cuyo suceso dudamos hasta cierto punto» (Spinoza, 2014: 160). Según esta prístina geometría, el miedo disminuye la potencia propia al temer un acontecimiento futuro que no se ha dado; de la misma forma, la esperanza también altera el ánimo, pues provoca la insatisfacción por aquello que no ha sucedido.

La claridad diamantina de estas definiciones de los afectos da forma a la filosofía de Spinoza, una apuesta que se va a articular mediante la defensa de la política liberal, la democracia colegiada y la libertad de expresión como norma fundamental e inalienable de cualquier comunidad. El estado democrático es aquel que más se aproxima a la libertad de la naturaleza de cada individuo, y por eso Spinoza propone que el mandato de un gobierno debe descansar en un cuerpo legal fundamentado por la razón y no por los intereses personales, una potestad que todos los ciudadanos han de respetar (Spinoza, 2018: 414-416). Esta valoración optimista y propositiva de la política considera al hombre como una criatura capaz de proporcionar lo mejor para sus semejantes. Frente al lobo antropomórfico hobbesiano, fuente de discordia y ruina para los otros, para Spinoza no hay nada más útil a un hombre que otro hombre, pues: «el hombre es para el hombre un Dios» (Spinoza, 2014: 206). Plantea este modelo de gobernanza en *Tratado político*, obra inconclusa en la que trabajaba en los meses previos a su muerte.

Próximo al realismo político, Spinoza no olvida que las normas de convivencia deben tener en cuenta las cualidades de los hombres que han de cumplirlas, y considera para ello el temor y la esperanza, dos afectos turban tanto las relaciones políticas entre los sujetos como su templanza de ánimo. Estas pasiones, además de perjudiciales para los hombres, están ligadas entre sí: «no se da esperanza sin miedo, ni miedo sin esperanza. En efecto, quien está pendiente de la esperanza y duda de que suceda una cosa, se supone que imagina algo que excluye la existencia de una cosa futura, y, por tanto, se entristece» (Spinoza, 2014: 160-161). Es necesario, por lo tanto, mantener una postura vital carente de estas alteraciones, que surgen del desconocimiento de las causas externas y conducen a una menor perfección. El saber que aporta la filosofía puede ayudarnos en este punto, pues el hombre sabio, consciente de sus pasiones, sí que sería capaz de sobreponerse a sus afectos (Ledesma, 2023: 227). Aquí cabe preguntarse, ¿con qué cualidades contaría este sujeto?

¿Cómo es la vida de aquel consciente de las causas que movilizan su ánimo? En la última página de *Ética*, el escolio de la proposición XLII de la quinta parte, se describe a este hombre sabio, que, frente al ignorante que desconoce las causas que lo determinan, sí que es consciente de sí mismo y de su entorno:

Pues, el ignorante, aparte de ser impelido de muchos modos por las causas externas y de no poseer nunca la verdadera satisfacción del ánimo, vive, además, casi inconsciente de sí, y de Dios y de las cosas; y tan pronto como deja de padecer, a la vez deja también de ser. Mientras que el sabio, por el contrario, en cuanto se lo considera como tal, difícilmente se conmueve en su ánimo, sino que es consciente de sí, y de Dios y de las cosas, con una cierta necesidad eterna, nunca deja de ser, sino que siempre posee la verdadera satisfacción del ánimo (Spinoza 2014, 283).

La prescripción es clara: el sabio spinoziano es aquel libre de las imposiciones del miedo y la esperanza, que turban el ánimo tanto por exceso como por defecto. En un caso así no habría lugar para refugiarse en el asilo de la ignorancia, hogar de hombres pusilánimes que consideran que las causas que los determinan y el curso de las acciones a su alrededor están regidas por la voluntad de un ser superior. En su estudio *Un claro laberinto. Lectura de Spinoza* Jesús Ezquerro señala que el sabio spinoziano es aquel consciente de que toda acción es pasión y que toda pasión es acción; que sabe que todo es al mismo tiempo causa y efecto, que todo lo que le acaece *es*, y que no puede ser de otra forma. Que ha asumido que su *conatus* –el esfuerzo irrenunciable de cada ser por seguir existiendo– es en la medida en que él mismo se identifica con la naturaleza, y que no hay motivo para esperar o temer que las cosas sean de otra manera (Ezquerro, 2014: 110). El sabio spinoziano, en definitiva, es una criatura *impassible*: goza de conocer el orden y conexión de las cosas y no teme ni desea nada. Un ser que se afirma en una ética desesperanzada en la que el individuo no se ve afectado por las turbaciones de ánimo, que no reflejan sino un desconocimiento profundo de las causas que le determinan, utilizando el lenguaje del propio Spinoza. El ideal del sabio spinoziano nos invita a vivir sin miedo ni esperanza, abrazando la contingencia y aceptando el *fatum*, eternizando el momento presente y sin especular con el futuro. Las biografías de Spinoza coinciden en señalar que esta fue la máxima que guio su vida: a pesar de que padeció experiencias traumáticas (como el intento de asesinato por sus opiniones heterodoxas cuando todavía era miembro de la comunidad judía de Ámsterdam, el *herem* pronunciado en su contra poco tiempo después que lo arrancaba para siempre del mundo hebreo y extirpaba de raíz todos los lazos con su pasado o la agresión y posterior linchamiento y asesinato en 1672 de sus buenos amigos, los reformistas hermanos Johan y Cornelius de Witt), nunca perdió su ánimo calmado: era amigable en sus

relaciones, buen conversador y se adaptaba de forma jovial a la actitud de sus interlocutores (Nadler, 2004: 270). Spinoza mantuvo estas costumbres hasta su muerte en La Haya a los 44 años.

## 2. LA EXIGENCIA DEL SABIO

En la propuesta determinista spinoziana la concatenación de fenómenos que rige el devenir es asumido como el único mundo posible que puede darse. En este cosmos necesario, el sabio acepta su hado y actúa en consecuencia, sin hacer juicios de valor ni de la naturaleza ni de sus causas. Pero esta praxis entraña una enorme dificultad, pues la máxima de vivir *spinoziano modo* sin miedo ni esperanza requiere de una gran exigencia ética. Pocos serían capaces de alcanzar un temple tal que les permita gozar de una alegría *epistémica*, causada por el conocimiento de las causas que la determinan, y no *hedónica*, limitada a la satisfacción de los deseos y la ausencia de miedos. Sería ciertamente compleja la vida de este sabio, que habría de tener en cuenta todos los acontecimientos y las causas que lo conforman, así como contar con una capacidad intelectual tal que le permitiese conocer todos los movimientos de los cuerpos, permutaciones de la materia y concatenaciones posibles. De lograr esto sería, en efecto, capaz de vislumbrar una imagen del mundo en la que el miedo y la esperanza fuesen reducidas a pasiones intrascendentes sin efecto alguno. Ahora bien, ¿cómo sería la vida de este Ireneo Funes spinoziano? ¿Podría alcanzar un conocimiento absoluto de las cosas y, a la vez, mantener su identidad? ¿Contaría con la motivación suficiente como para emprender cualquier acción, por simple que fuese? Desconocemos si existe algún ser con unas habilidades así: un sujeto con una capacidad extraordinaria de computación o unas redes neuronales extremadamente desarrolladas, pero resulta poco probable la existencia de *savants* absolutos –con comprensión y aceptación ilimitada y a la vez capacidad de hacer uso consciente y crítico de ese conocimiento– haciendo alusión al estudio clásico de Luria<sup>2</sup>. El sabio spinoziano que planteamos sería capaz de aprehender todos los sucesos: no como fenómenos aislados sino como partes de un todo, lo que le permitiría establecer una imagen cerrada y concluyente del mundo.

---

<sup>2</sup> Alexander Romanovich Luria (1902-1977) fue un psicólogo soviético que investigó casos de pacientes con el *síndrome del sabio*: poseedores de una memoria aparentemente ilimitada pero una nula capacidad de abstracción y síntesis de este caudal de información (Luria, 2009).

Asumiendo la dificultad de dar con referentes humanos que cumplan estas condiciones hemos de acudir a otros mundos posibles, otras *heterocósmicas*<sup>3</sup>, es decir, referencias ficcionales que no son inverosímiles, incoherentes o insignificantes sino ontológicamente posibles en un mundo con un estado diferente de las cosas, donde sí encontraríamos personajes que cuentan con estos requisitos sobrehumanos. Seres que han alcanzado esta ataraxia epistémica en el conocimiento de su entorno, con un enorme grado de control de la realidad y una gran consciencia del universo en el que habitan. Entre los diferentes casos de personajes de ficción que cumplen, en mayor o menor medida, con este perfil, hay dos especialmente significativos: el Dr. Manhattan, de la serie de cómic *Watchmen* (1986-1987) del guionista y creador Alan Moore, y Bran Stark, de la saga de fantasía *Canción de hielo y fuego* (1996-) del escritor G.R.R. Martin. Se eligen estos ejemplos porque, a pesar de contar con grandes diferencias y provenir de universos narrativos muy distintos, ambos tienen en común habilidades sobrenaturales y conocimientos excepcionales que los aproximan a paradigma del sabio spinoziano.

El Dr. Manhattan es un ser que roza la omnipotencia, capaz de manipular la materia y el tiempo, con una consciencia que abarca el pasado, el presente y el futuro de forma simultánea. Bran Stark, por su parte, tiene el don de la videncia y la capacidad de proyectar su consciencia en animales y tener visiones del pasado y el presente. Estos personajes están dotados de una percepción más allá de lo común, que les confiere una comprensión única, cualidades que nos recuerdan a ese sabio spinoziano, que, como apunta Chantal Jaquet: «es consciente de sí, de Dios y de las cosas. Es consciente de sí porque no se percibe como un imperio dentro de otro imperio y no confunde la libertad con el libre arbitrio» (Jaquet, 2016: 61). La consciencia absoluta de su entorno se complementa en ambos casos con una memoria infalible, que les permite recordar a la perfección todos los detalles de su experiencia, incluso los más insignificantes. Pero esta consciencia expandida los condena también a una vida disfuncional en lo afectivo, pues su lejanía con la experiencia humana común los distancia irremediabilmente del resto de seres. Tanto Bran Stark como el Dr. Manhattan comparten el mismo desapego e impassibilidad, propia de aquel que posee una mirada completa, alejada y fría del desarrollo de su mundo. Son el reflejo de la máxima spinoziana de vivir sin miedo ni esperanza cuando se lleva a cabo hasta sus últimas consecuencias, en este caso, en seres cuyo conocimiento minucioso del devenir de los acontecimientos provoca que el mundo fenoménico común deje de tener relevancia.

---

<sup>3</sup> Terminología empleada por Alexander Gottlieb Baumgarten (1714-1162) en *Reflexiones filosóficas acerca de la poesía* (1975: 55-58).

### 3. BRAN STARK Y LA MIRADA DE LOS ÁRBOLES

*Canción de hielo y fuego* es una heptalogía inconclusa de novelas de fantasía escritas por el estadounidense George Raymond Richard Martin (1948-). En *Canción de hielo y fuego*, y a diferencia de la fantasía tradicional del siglo XX de J.R.R. Tolkien o Michael Moorcock, el componente humano cobra gran relevancia y las digresiones políticas o filosóficas son frecuentes, especialmente en las intervenciones de ciertos personajes. En nuestro análisis dejaremos de lado la adaptación televisiva para centrarnos en las cinco novelas publicadas hasta la fecha, en concreto en *Danza de dragones*, la última en hacer su aparición en 2011, que es donde tiene lugar la trama de quien podríamos considerar como un genuino sabio spinoziano.

Brandon Stark es el hijo menor de una de las familias gobernantes de Poniente, el continente fragmentado en distintos reinos en el que transcurre buena parte de esta historia. Al no ostentar el mayorazgo ni estar destinado a heredar el título o las tierras de su padre, Bran aspira a un futuro de gestas heroicas y caballerescas, tal y como dictaminan los valores nobiliarios. Pero su destino cambia al sufrir un accidente, que da inicio al complot político de la saga. Al ser arrojado desde una torre Bran queda inmovilizado y sin la posibilidad de volver a andar, lo que conlleva una gran desventaja incluso para el hijo de una de las casas feudales más poderosas. Tras este punto de inflexión Bran queda postrado y se limita a ser un observador pasivo, siempre a la espalda de un gigantón que responde al nombre de Hodor y que hace las veces de sus piernas inútiles. Es entonces, coincidiendo con la caída en desgracia de su familia, cuando comienza a experimentar unas extrañas visiones y sueños lúcidos: una voluntad desconocida exhorta al niño a emprender un viaje iniciático hacia las gélidas tierras del norte, lo cual interpreta como una posibilidad de curar su cuerpo quebrado. Tras sufrir múltiples penalidades en su itinerario por las tierras más septentrionales y frías del continente, y acompañado por un pequeño grupo de exiliados que lo escoltan en el duro recorrido, Bran alcanza al fin su objetivo, donde encuentra a una misteriosa criatura conocida como el Cuervo de tres ojos, que, al parecer, era la fuente de sus visiones. Esta siniestra figura también está postrada, en su caso en un trono de arciano, un árbol característico de la saga, de madera pálida y hojas de un color rojo encendido, que más se asemeja a un cadáver fusionado a un árbol que a un hombre. El Cuervo de tres ojos, que ha traspasado los límites de su mortalidad y a pesar de ello aún vive, formula a Bran un misterioso vaticinio acerca de su futuro más próximo:

Te he observado durante mucho tiempo; te he observado con mil ojos y uno más. Presencí tu nacimiento, y el de tu señor padre antes que el tuyo. Presencí tu primer paso, oí tu primera palabra, formé parte de tu primer sueño. Te vi caer. Y ahora, por fin, has venido a mí, Brandon Stark (Martín, 2012: 216).

Sentado en su húmedo trono de raíces y madera, Sir Brynden –así se llama el extraño personaje– anuncia a Bran que no solo no va recuperar sus piernas tal y como deseaba, sino que no serán necesarias cuando desarrolle todo su potencial y aprenda a volar. Con la guía de su nuevo mentor, Bran despierta sus poderes latentes e inicia un nuevo camino como vidente, un don que le permitirá entrar en otras conciencias y conocer fragmentos del pasado. La condición para ello es que estos recuerdos deben estar relacionados con los solemnes árboles arcianos, un don al que muy pocos mortales tienen acceso: «Solo a unos pocos se les permite beber de la fuente verde mientras aún son mortales, para que oigan los susurros de las hojas y vean como ven los árboles, como ven los dioses» (Martín, 2012: 518). A partir de ese momento los conflictos bélicos que desgarran a los distintos reinos dejan de tener relevancia desde la perspectiva de Bran, pues conoce bien cuál es el peligro que acecha al norte: un mal mayor que busca la aniquilación física del mundo de los humanos. Con el fin evitarlo, recibe instrucción por parte de Sir Brynden, que muestra a su pupilo una conciencia más amplia del universo que le rodea. Martín da muestra de su talento literario al incorporar en esta trama típicamente fantástica potentes reflexiones de hondo cariz filosófico:

—Un hombre tiene que saber mirar antes de aspirar a ver —dijo lord Brynden—  
Lo que has visto son las sombras de días pasados, Bran. Has mirado por los ojos del árbol corazón de tu bosque de dioses. Para los árboles, el tiempo es distinto que para los hombres. Sol, tierra, y agua: esas son las cosas que entienden los arcianos, no los días, los años ni los siglos. Para los hombres, el tiempo es un río. Estamos atrapados en su corriente; nos precipitamos del pasado al presente, siempre en la misma dirección (Martín, 2012: 528).

Con el desarrollo como vidente de Bran el Roto somos testigos de que la ruptura de sus extremidades se extiende también a la disolución de su propia identidad, pues la posibilidad de salir de su cuerpo y entrar en la piel de otros animales y personas es seductora para un niño privado de la facultad de desplazarse sin ayuda. Pero esta nueva habilidad conlleva un riesgo: al penetrar su conciencia en tantos cuerpos también peligra su ser, y se arriesga a olvidar quién es. Conforme Bran acumula otras memorias distintas a la suya, el distanciamiento de su propia mismidad se agrava; deja de estar atado a un cuerpo tullido y se abre a otras pieles y recuerdos, o lo que es lo mismo, a otras identidades, adquiriendo una suerte de conciencia de todas las cosas. La poderosa conexión que establece con Verano, su lobo huargo, es de gran ayuda en este tránsito: «Cuando era un lobo, Bran comía con Verano y su manada. Cuando era un cuervo volaba con los demás cuervos,

trazaba círculos sobre la colina al atardecer, buscaba enemigos, sentía el contacto gélido del aire. Cuando era Hodor exploraba las cavernas» (Martin, 2012: 528).

Para la visión sobrenatural de Bran, el paso insoslayable de los años no supone un problema en su cuerpo mortal, sino la oportunidad de observar el mundo de forma objetiva. Su recorrido entraña también una auténtica formación filosófica: ver más allá de las ilusiones y las expectativas humanas y adoptar una actitud más objetiva y desapegada. Así como Spinoza defendía que el miedo y la esperanza son emociones surgidas de nuestra incapacidad para comprender plenamente la naturaleza del mundo y aceptarla tal y como es, Bran Stark, con su conocimiento místico, va a alcanzar un estado de desapego emocional en el que trascenderá las emociones humanas convencionales y tendrá acceso a una mirada más clara. Al acercarse a un conocimiento absoluto de las cosas por disponer de los recuerdos de otros, tanto del pasado como del futuro, también deja atrás su humanidad, limitándose a la condición de observador insensible ante los acontecimientos. Esta visión le conduce, igual que al Dios spinoziano, a ser incapaz de amar u odiar a nadie (Spinoza, 2014: 265), pues esto supondría tomar partido por una causa exterior. Aunque no resida en Bran ninguna pulsión panteísta<sup>4</sup>, parece que sí se encamina a la comprensión total de su mundo, lo que le haría imposible afectar o ser partícipe de este. Su dominio epistémico de este cosmos de fantasía lo aparta del devenir temporal, pues de la misma forma que le va a suceder al Dr. Manhattan, el sentido de la temporalidad convencional naufraga a medida que el conocimiento del orden y conexión de las cosas se hace más profundo. Martin nos vuelve a obsequiar aquí con unas hermosas líneas que configuran toda una filosofía de la fantasía:

Los hombres viven sus vidas atrapados en un presente eterno, entre las nieblas de la memoria y el mar de sombras, que es todo cuanto conocemos de los días que vendrán. Hay mariposas que viven toda su vida en un solo día, pero para ellas, ese pequeño espacio de tiempo dura tanto como para nosotros los años y las décadas. Un roble vive hasta trescientos años; una secuoya, tres mil. Un arciano puede vivir indefinidamente si nada lo daña. Para ellos, las estaciones pasan como el revoloteo de las alas de una mariposa, y el pasado, el presente y el futuro son lo mismo. [...] Pero con el tiempo verás mucho más allá de los árboles (Martin, 2012: 529).

---

<sup>4</sup> A pesar de que la religión de la familia Stark y de los habitantes del norte del continente, conocida como culto a los Antiguos Dioses, puede leerse como un panteísmo animista. En la literatura especializada de Spinoza existe un rico debate acerca de si su propuesta se enmarca en un panteísmo *sui generis*, tal y como señalan algunos intérpretes (Mauthner, 2011: 155), o si se trata de un filósofo acosmista, tal y como entendía, entre otros, Hegel (Tejedor, 1981: 54).

#### 4. DR. MANHATTAN Y EL INSTANTE INFINITO

Nos alejamos de las ficciones medievales para regresar a aquellas que dibujan una contemporaneidad distinta, otro estado posible de las cosas. El escritor y guionista Alan Moore (1953-), autor de historias aclamadas como *V de Vendetta*, *From Hell* o *La liga de los hombres extraordinarios*, proyecta en *Watchmen* un siglo XX alternativo en la que los superhéroes emergieron en Estados Unidos en la década de 1930. Uno de los rasgos distintivos de *Watchmen* es que dibuja un elenco de personajes alejados del arquetipo de superhéroe como un sujeto con una fundamentación ética desarrollada e intrínsecamente buena. Los retrata, en cambio, como individuos con distintas motivaciones e intereses, y que no en todos los casos sienten una responsabilidad inherente por sus dones ni por las consecuencias de sus acciones.

El miembro más poderoso, prácticamente omnipotente, de esta ficción es Jonathan Osterman, más conocido como Dr. Manhattan, cuya principal virtud y también defecto es que, *spinoziano modo*, no padece ni miedo ni esperanza. Se trata de un investigador en física teórica que en 1959 sufre un accidente fatal en un acelerador de partículas. De alguna forma, a pesar de resultar desintegrado en el plano físico, su conciencia logra sobrevivir, y meses después emerge en forma de patrón electromagnético en el mismo laboratorio como una aparición fantasmal. Esta nueva entidad logra reconstruir algo semejante a su cuerpo perdido, y aunque su materia biológica queda atrás, su inteligencia y conciencia continúan existiendo. Dotado de un nuevo cuerpo de facciones prodigiosas y envuelto en un resplandeciente halo azul, el Dr. Manhattan tiene acceso a un poder colosal: domina por completo la sustancia a escala atómica y es capaz de controlar la masa de su cuerpo y la densidad de toda la materia sin esfuerzo aparente. Esta omnipotencia le motiva a mostrar una resignación tranquila hacia la inevitabilidad de los hechos y la falta de libertad humana, así como a preguntarse por el propósito del universo o la relación entre el determinismo y el libre albedrío. En los comentarios que el propio Alan Moore esboza sobre la psicología de sus personajes leemos cómo sería esta perspectiva *inhumana* y subatómica del superhombre absoluto, abarrotada por una miríada de microfenómenos cuánticos aleatorios, caóticos e infinitos:

Experimenta las paradojas de la realidad a una escala cuántica de existencia: que las cosas pueden existir en dos lugares al mismo tiempo, que ciertas partículas pueden viajar hacia atrás en el tiempo y exhibir propiedades físicas que son exactamente lo contrario de las leyes físicas normales, o que la causa y el efecto no funcionan de la misma forma a cierto nivel submicroscópico (Moore, 2007: 428-429).

Estas facultades conceden al Dr. Manhattan poderes casi ilimitados, lo que deviene en un problema político: su mera existencia es una amenaza tanto para el resto de Vigilantes como para las tensas e inestables relaciones entre los bloques hegemónicos de la Guerra Fría en la que se ambienta esta historia. Además de la trama geopolítica, la presencia de un ser así plantea preguntas filosóficas de calado: ¿cómo sería la existencia del auténtico sabio spinoziano, que conoce la causalidad inexorable y observa sin inmiscuirse el devenir de los acontecimientos? Un primer problema para este sabio, *imposible* en nuestro mundo pero existente en esta ficción, es que su conocimiento de la concatenación de las causas y efectos provoca que para él el tiempo deje de ser relevante. Es uno de los rasgos en los que más incide Moore en la caracterización de su personaje: la percepción absoluta y no lineal del tiempo que experimenta el Dr. Manhattan hace que viva sin miedo ni esperanza. Esto afecta a su comprensión del significado de la existencia, en la que se condensan tanto las actividades nimias como los hitos cruciales de su vida en un único instante infinito. Tras ser hábilmente manipulado por el villano de la historia, el Dr. Manhattan se teletransporta al planeta Marte. Allí, alterando las relaciones de movimiento y reposo<sup>5</sup> de las partículas de arena rosada de sílice del planeta rojo, construye un inmenso palacio cristalino y mecanicista que convierte en su impertérrito refugio. Observando, a lo lejos, la minúscula canica azul que brilla en la atmósfera marciana repasa algunos recuerdos de su vida, que, bajo su prisma *sub specie aeternitatis*, suceden simultáneamente: sus recuerdos de adolescencia en Brooklyn en 1945; su doctorado en física atómica en 1958; su primer día en el laboratorio de Gila Flats un año después; su accidente en la cámara de pruebas atómicas o una lluvia de meteoritos en su exilio en Marte en 1985. La percepción única de este personaje omnisciente no discierne estos momentos como episodios concatenados e históricos, sino que todos aquellos son sincrónicos en su conciencia.

Pero a pesar de este inconmensurable poder, o, precisamente, a causa de esta visión única de la temporalidad, el Dr. Manhattan no augura qué es lo que va a suceder en el futuro porque, en rigor, *no hay futuro*: «No soy capaz de prever el futuro puesto que para mí ya está sucediendo» (Moore, 2007: 126). La causalidad de los hechos se diluye cuando se comprende bien cuál es la sucesión de los acontecimientos, o, como diríamos parafraseando a Spinoza, cuando se es libre al ser consciente de las causas que determinan las acciones<sup>6</sup>. Es consciente de la totalidad de los fenómenos: tanto de los átomos que componen el universo como de su conciencia misma, que en

<sup>5</sup> Recordemos que para Spinoza esta es la única diferencia entre los cuerpos, no su sustancia, que es única (Spinoza, 2014: 61).

<sup>6</sup> Es célebre su crítica a la idea de libertad entendida como libre disposición de las acciones y ausencia de coacciones externas. Apunta en *Ética*: «Los hombres se engañan porque creen ser libres; y esta opinión sólo consiste en que son conscientes de sus acciones, pero ignoran las causas que los determinan. Por tanto, la idea de su libertad consiste en no reconocer ninguna causa de sus acciones» (Spinoza, 2014: 81).

cada momento escudriña un devenir que no puede ser de otra forma. Esta capacidad de observación de la naturaleza a escala molecular (percibir cómo los núcleos atómicos se descomponen o averiguar si la materia en su nivel más básico se comporta como ondas, como cuerdas o como señale el paradigma científico imperante en este universo) le proporciona la perspectiva propia de un Dios, lo que hace también que las vidas humanas carezcan de relevancia, pues alcanzado ese grado de sabiduría epistémica, las cuitas a su alrededor resultan intrascendentes: «Veo los átomos, [...] Veo ese antiguo espectáculo que dio a luz a estos escombros. Comparado con esto, la vida humana es algo breve y trivial» (Moore, 2007: 297). Pero este poder omnímodo es también la barrera que lo desvincula del resto de seres, condenándolo a una existencia aislada y sobre-humana. Para muestra un ejemplo: en una intervención en la Guerra de Vietnam, previa al inicio de la historia narrada en *Watchmen*, su compañero de misión ya se percataba de esto y manifestaba su temor por este desapego: «Estás perdiendo el contacto con la humanidad. Te estás convirtiendo en un monstruo. Que Dios nos ampare» (Moore, 2007: 57). Años después, cuando ese mismo agente es asesinado de forma misteriosa dando comienzo al inicio de la trama de *Watchmen*, el Dr. Manhattan considera que no debería afectarle la muerte de su aliado, pues su cuerpo inerte no difiere mucho de otro conjunto armonioso de oxígeno, carbono, hidrógeno que sí cumpla la función de homeostasis: «Un cuerpo vivo y uno muerto contienen el mismo número de partículas. No hay diferencia discernible a nivel estructural. Vida y muerte son abstracciones no cuantificables. ¿Por qué debería preocuparme?» (Moore, 2007: 29). Esta descripción aséptica pero también deshumanizada y des-*almada* de la muerte, ¿no nos recuerda a las palabras de Spinoza cuando se refiere a esta como la alteración de la proporción de movimiento y reposo de las partes que componen un cuerpo? «Pero se ha de notar aquí que entenderé que el cuerpo muere cuando sus partes se disponen de tal manera que adquieren unas respecto a otras diversa relación de movimiento y de reposo» (Spinoza, 2014: 212).

La cuestión de la muerte es problemática en Spinoza, pues se trata de una causa externa que necesariamente proviene de fuera de nosotros y que pugna contra nuestra propia existencia, algo que resulta contraintuitivo en su propuesta<sup>7</sup>. El Dr. Manhattan vive a expensas de esta eventualidad, y ni la muerte de sus compañeros ni el peligro que acecha a su mundo, sumido en un clima de confrontación previo a un invierno nuclear, afectan su ataraxia como sabio spinoziano. ¿Acaso los problemas de un grupo de justicieros, o su supuesta responsabilidad de salvar el mundo

---

<sup>7</sup> La muerte en Spinoza puede ser definida, al menos de tres formas distintas: como causa externa que derrota al individuo y le impide conservar su existencia, como pérdida de la identidad personal o como incapacidad de alma como atributo de pensamiento de afirmar su correlato como extensión en forma de cuerpo (Cohen, 2001: 44).

de lo que aseguran es un gran peligro, debe importar más que la imperturbable tranquilidad de las esferas de sistemas estelares a años luz de distancia? ¿Por qué debería esforzarse en preservar un mundo de bosques, desiertos, mares y asfalto aquel que tiene, efectivamente, la posibilidad de crear vida en otras galaxias y alterar el desarrollo de reinos biológicos enteros? Así lo plantea cuando se descubre que el antagonista de la serie ha orquestado un plan extremo y radical para salvar a la humanidad a costa de la muerte de billones de inocentes. Tras la revelación del proyecto genocida, y ante la pregunta de si apoya o rechaza el proyecto el Dr. Manhattan se resigna con estas lacónicas valoraciones:

sí lo entiendo, aunque ni lo apruebo ni lo condeno. Los asuntos humanos no son de mi incumbencia. Marcho de esta galaxia para partir hacia una menos complicada. [...] Sí, así es. Puede que tal vez cree alguna forma de vida. [...] Nada acaba, Adrian. Nada termina jamás (Moore, 2007: 409).

«Nada termina jamás», dice aquel que ha atravesado el Sol y ha visto fenómenos tan efímeros y minúsculos que casi se no llegaron a ocurrir. Su conocimiento supremo del Guion de la realidad es asimismo su mayor desventaja, pues es lo que pone fin, antes de que emerja, a su motivación para actuar, única debilidad de un personaje, por otro lado, omnipotente. La resignación torna en impasibilidad absoluta –ligereza, diríamos según el sabio spinoziano– propia de aquel al que, al no estar sometido a las pasiones, nada le importa: «¿No ves que resulta inútil que me pidas que salve al mundo, puesto que ya no hay nada en él que me interese? [...] Para mí este mundo rojo es más importante que tu planeta azul» (Moore, 2007: 288-289). Esta tesitura ética única, imposible de alcanzar para cualquier otro ente, hace que, como señala Juan J. Vargas, para el Dr. Manhattan:

Su incapacidad para entender la realidad en términos de estados finales («Nada termina *jamás*») son, paradójicamente, sus últimas palabras en el relato) constituye la lectura más extrema del proyecto ilustrado, que encuentra en la física moderna una vía de escape del mecanicismo científico. [...] En su perfecta equidistancia de cualquier presupuesto ideológico, el Dr. Manhattan representa el palacio de cristal de todos los mundos posibles (Vargas Iglesias, 2022).

El Dr. Manhattan conoce cuáles son las causas que lo determinan, así como la estructura del mundo que le rodea. Ha trascendido la limitación del ojo subjetivo de aquellos mortales afectados por pasiones y deseos, y su imposible mirada, propia de un Dios, discierne las causas primeras y el fin último de los acontecimientos. No obstante, y he aquí el drama de los personajes con semejante nivel de poder y conocimiento, el precio a pagar por estas virtudes es elevado. Las pasiones alteran el devenir de los seres humanos, y hacen de sus decisiones flujos erráticos

incomprensibles para él, que carece de esta condición propia de los hombres y las mujeres, a su juicio, seres emocionales esclavizados por la dictadura de las pasiones. De ahí la dificultad que experimenta el Dr. Manhattan para relacionarse con los otros, pues al conocer el entramado íntimo de la realidad ya no le es posible afectar ni ser afectado por nadie. Como confiesa a su compañera Laurie, humana por la que experimenta un mayor grado de empatía: «Todo está predeterminado. Incluso mis respuestas. [...] Todos somos marionetas, Laurie. Aunque en mi caso soy una marioneta que puede ver los hilos» (Moore, 2007: 286). Pero poco después de estas declaraciones, en un giro contra todo pronóstico, el Dr. Manhattan abandona su abulia, movido por las súplicas de su compañera, y toma partido por un mundo al borde de la ruina. El milagro termodinámico de la existencia de Laurie espolea al ser más poderoso de este universo a involucrarse y poner fin rápidamente al conflicto. En este punto, el Dr. Manhattan no desempeña la función del sabio spinoziano al participar en el mundo como agente activo que se implica con los demás, es decir, *desea* ciertos acontecimientos y actúa para evitar otros. Y es que la actitud ética y vital que lleva aparejada la templanza epistémica del sabio spinoziano conlleva un compromiso *casi* inasumible.

## 5. CONCLUSIONES: ¿ES POSIBLE VIVIR SIN MIEDO NI ESPERANZA?

Las heterocósmicas de ficción que hemos repasado son el ejemplo de cómo es posible articular una filosofía de la fantasía, en la que el comentario estético y literario de obras de ficción se complementa con un análisis filosófico de rigor. La escritura de Martin y de Moore, pese a estar catalogada como obra de fantasía o de ciencia ficción respectivamente, da muestra de cómo la filosofía no se limita al género del ensayo, y tiene cabida en las ficciones contemporáneas. En cuanto a la pregunta que da nombre a este apartado, la posibilidad de liberarse del miedo y gozar eternamente de una alegría continua y suprema, tal y como se proponía Spinoza al inicio de *Tratado de la reforma del entendimiento*, es un objetivo loable para cualquier sujeto. No vivir temeroso de un evento que, por definición, podría suceder *o no* parece un fin deseable. Por su parte, prescindir de la esperanza puede ser una meta propia de éticas austeras neoestoicas, que aspiran a una mayor satisfacción personal y un desapego de los objetos y situaciones que se perciben como obstáculos del ideal de una vida buena.

Pero vivir sin miedo ni esperanza exige también un costoso peaje para el sabio: conocerlo *todo* hace que *nada* importe. Para estos sujetos el ser es idéntico al mundo, o, dicho de otra forma, han alcanzado el estatus de dioses. Del *homo homini deus* de la política spinozana al *homo est deus*. Un

Dios que, naturalmente, no experimenta ni miedo ni esperanza, pues no hay nada más allá de su exterioridad, nada está fuera de su conciencia. Un Dios para el que no existe ni finalidad ni causa, y para el cual los acontecimientos que devienen no son piezas contingentes de un inextricable cosmos, sino los fragmentos necesarios de una naturaleza que también es su mismo ser. Esta situación más allá del bien y del mal resulta efectos evidentes en nuestros personajes: el Dr. Manhattan carece de emociones con las que establecer juicios morales, y aunque esto sea beneficioso para formular las mejores decisiones objetivas (como desintegrar al único miembro díscolo del grupo que, por honestidad con su tarea, pretende dar a conocer a la opinión pública la solución genocida perpetrada para salvar a la humanidad), es problemático para establecer relaciones cordiales con los seres humanos (Agudelo, 2019: 19). En el caso de Bran Stark no conocemos todavía cuál será el efecto de su videncia sobre las relaciones con los demás, pues sus poderes se encuentran en desarrollo y apenas ha tenido interacciones con el resto de personajes de la saga<sup>8</sup>.

Uno de los aspectos que más turban la tranquilidad de ánimo de los hombres y las mujeres es la inexorable llegada de la muerte. Los personajes que hemos conocido aquí han superado con creces esa barrera, pues su conocimiento absoluto del entorno e identidad expandida tiene como resultado que no sientan ningún temor por la posibilidad de su desaparición física. La muerte no está presente en los pensamientos de Bran Stark o del Dr. Manhattan, puesto que su percepción de la temporalidad desnaturaliza el ciclo teleológico con un inicio y un final determinados. Este abandono de la idea de la muerte libera a ambos del gran miedo de los seres finitos, acercándolos todavía más al ideal del sabio spinoziano, pues como leemos en la archiconocida cita de *Ética*: «El hombre libre en ninguna cosa piensa menos que en la muerte» (Spinoza, 2014: 233). Como señalábamos atrás, «el sabio spinoziano hace eterno el momento presente y no especula con el futuro», un determinismo radical *sub specie aeternitatis* que el Dr. Manhattan sentenciaba en su delicado y atemporal palacio cristalino: «No existe el futuro. No existe el pasado. ¿No lo ves? El tiempo es simultáneo, una joya de estructura intrincada que los seres humanos insisten en contemplar solo desde un lado cada vez, cuando el diseño total resulta visible en cada cara» (Moore, 2007: 286).

¿Qué espacio ocupa aquí la libertad? En rigor, ninguno, al menos una libertad negativa entendida como ausencia de coacciones externas al individuo. Spinoza afirma que los hombres se engañan al creer ser libres, pues esta consideración es fruto del desconocimiento de las causas

---

<sup>8</sup> Cabe esperar, no obstante, que en los próximos volúmenes proyectados de la saga las acciones de Bran ya no tendrán en cuenta su pertenencia al linaje Stark, e irán encaminadas a objetivos más elevados.

internas que determinan los deseos que sienten como propios (Spinoza, 2014: 38). La libertad del sabio spinoziano consiste en no ser ajeno a ninguna causa. Según la lectura de Antonio Negri, la libertad no es el libre decreto, sino la libre necesidad; se da en la conciencia de su movimiento, y no en la ignorancia de aceptar las causas que determinan los deseos (Negri, 2015: 387). Hace referencia a la crítica al pensamiento finalista, denunciando a la tradición teleológica que busca causas escondidas en forma de voluntad divina. Sería absurdo, asegura Spinoza, considerar que el guijarro que cae por una ladera y pone fin a la vida de un desafortunado paseante cuenta con voluntad propia, o que su movimiento responde a un intrincado plan para dar muerte a ese individuo colina abajo (es el mismo ejemplo que trae a colación Spinoza en *Ética*, 2014, 41). El subterfugio finalista es una trampa capciosa, que trata de justificar la libertad individual como libre decreto del espíritu. De la misma forma, y si concedemos conciencia de sí mismos a nuestros personajes de ficción, estos creerían ser libres sin serlo, pues las acciones que llevan a cabo tanto los nobles de Poniente como los Vigilantes enmascarados de *Watchmen* no responden a su voluntad incondicionada, sino que son el resultado necesario de las infinitas causas biológicas, históricas, sociales y, en su caso, ficcionales, que los preceden. En cambio, y es de gran importancia esta distinción, la libertad de Bran Stark y Dr. Manhattan es *absoluta*, en la medida en que son conscientes de las causas infinitas y determinadas de la naturaleza. Lo relevante aquí no es conocer esa naturaleza naturada –*natura naturata*– como producto encarnado de la sustancia única y que da forma al mundo, sino saber cómo se comporta, como operan las relaciones entre los elementos que la conforman.

Leíamos al inicio del texto al Dr. Manhattan, que con el estoicismo resignado que lo caracteriza se preguntaba: «¿Quién crea el mundo? Quizás el mundo no se crea. Quizás nada se crea. Tal vez, simplemente, el mundo siempre está, ha estado y estará ahí» (Moore, 2007: 137-138). El prejuicio teleológico y lineal de la tradición occidental de la filosofía nos insta a buscar causas finales a los acontecimientos, y pensar que, de alguna forma, la divinidad actúa con arreglo a un fin. Pero si pensamos con Spinoza, descubrimos que no es que la naturaleza esté creada para un fin, sino que cada acaecer es un fin en sí mismo. Para el solitario óptico de Rijnsburg no es que las cosas cumplan una función determinada que anteceda a su naturaleza, sino más bien que esta tiene lugar según esas mismas particularidades: los ojos no son para ver, sino que podemos ver porque tenemos ojos o masticar porque tenemos dientes (Spinoza, 2014: 39). Nuestros sabios son conscientes de ello cuando observan su mundo: no existen causas finales, no existen *paras* para aquellos que son conscientes de la infinita potencia ilimitada de Dios o la naturaleza. A pesar de carecer de pasiones o afectos que den color a su existencia, el sabio spinoziano es un ser ilimitado,

pues conoce la densidad y multiplicidad de variaciones que configuran lo real. Su proceder impasible es también anhedónico, frío e inalterado: satisfecho de sí mismo por el devenir de los acontecimientos pero que no teme ni espera nada. Retornando al análisis de Negri, el certero comentarista italiano aseguraba que «Hay en Spinoza el placer del ser infinito. Que es placer del mundo» (Negri, 2015:446). En definitiva, la metafísica de Spinoza es una filosofía salvaje por su excepcionalidad histórica y temática, un modelo que vuelve a mirar el mundo con alegría y con ánimo de deleitarse. En el caso de nuestros protagonistas un deleite orillado por los rasgos que caracterizan al sabio spinoziano: el desapego emocional, el enfoque presentista de la comprensión de la realidad y una aceptación lúcida pero resignada de la naturaleza.

## BIBLIOGRAFÍA

- Agudelo Ramírez, Martín (2019): «Los mundos de *Watchmen*», en *Ética y cine Journal*, Vol. 9, N° 2: 13-25.
- Baumgarten, Alexander Gottlieb (1975): *Reflexiones filosóficas acerca de la poesía*, traducción y prólogo de José Antonio Míguez, Buenos Aires, Aguilar.
- Cohen, Diana (2001): «La muerte según Baruch Spinoza: aproximaciones a una noción problemática», en *Diánoia*, año XLVI, Núm. 46: 41-64. DOI <https://doi.org/10.21898/dia.v46i46.475>
- Ezquerria Gómez, Jesús (2014): *Un claro laberinto. Lectura de Spinoza*, Zaragoza, PUZ.
- Jaquet, Chantal (2016): «La consciencia y sus figuras en Spinoza», traducción de Raúl de Pablos Escalante, en *Diálogos*, Vol. 46, N° 100: 43-66.
- Ledesma de la Fuente (2023): «La sonrisa del sabio; la potencia de la filosofía de Baruch Spinoza», en Ledesma de la Fuente, Álvaro; Pagola Martínez, Herminia (eds.): *Para todo y para nada. Miradas contemporáneas de la filosofía*, Logroño, Servicio de Publicaciones de la Universidad de La Rioja: 221-230.
- Luria, Alexander Romanovich (2009): *Pequeño libro de un gran memorista. La mente de un mnemonista*, introducción de Guillermo Rendueles Olmedo, traducción de Lydia Kúper Fridman, Oviedo: KRK.
- Martin, George Raymond Richard (2012): *Danza de dragones I*, traducción de Cristina Macía, Barcelona, Gigamesh.
- Mauthner, Fritz (2011): *Spinoza. Un bosquejo de su vida y su influencia*, traducción de Luciano Elizaincín, Córdoba, Editorial Brujas.
- Moore, Alan; Dave Gibbons; John Higgins (2007): *Watchmen*, traducción de Ana Calvillo, Barcelona, Planeta D'Agostini.
- Nadler, Steven (2004): *Spinoza*, prólogo y epílogo de José Antonio Marina, traducción de Carmen García Trevijano, Madrid, Acento.
- Negri, Antonio (2015): *La anomalía salvaje. Poder y potencia en Baruch Spinoza*, traducción de María Teresa D'Meza y Rodrigo Molina-Zavalía, Buenos Aires, Waldhuter.
- Spinoza, Baruch (2004): *Tratado político*, traducción y edición de Atilano Domínguez, Madrid, Alianza.
- Spinoza, Baruch (2014): *Ética demostrada según el orden geométrico*, estudio introductorio de Luciano Espinosa, traducción de Oscar Cohan, Madrid, Gredos.

- Spinoza, Baruch (2016): *Tratado de la reforma del entendimiento*, edición bilingüe, traducción, notas e introducción de Boris Eremiev y Luis Placencia, Buenos Aires, Colihue.
- Spinoza, Baruch (2018): *Tratado teológico-político*, traducción y edición de Atilano Domínguez, Madrid, Alianza.
- Tejedor Campomanes, César (1981): *Una antropología del conocimiento. Estudio sobre Spinoza*. Madrid, Publicaciones de la Universidad Pontificia Comillas.
- Vargas Iglesias, Juan J. (2022): «La hora fría. *Watchmen*, el tercero excluido y el nudo del tiempo», en *Tebeosfera: Cultura Gráfica*, N°. 21. (Ejemplar dedicado a: La Guerra Fría en el cómic) [https://revista.tebeosfera.com/documentos/la\\_hora\\_fria.\\_watchmen\\_el\\_tercero\\_excluido\\_y\\_el\\_nudo\\_del\\_tiempo.html](https://revista.tebeosfera.com/documentos/la_hora_fria._watchmen_el_tercero_excluido_y_el_nudo_del_tiempo.html) (último acceso: 10/08/2023).



## SOBRE EL AUTOR

### *Álvaro Ledesma de la Fuente*

Doctor en Filosofía por la Universidad de Zaragoza y profesor de filosofía en la Universidad de La Rioja. Sus intereses de investigación se centran en la filosofía de la literatura, el pensamiento unamuniano y la filosofía del barroco.

#### Contact information:

[alvaro.ledesma@unirioja.es](mailto:alvaro.ledesma@unirioja.es)

<https://orcid.org/0000-0003-1742-8399>